

leerlo, y que el libro termine imponiéndose, haciéndose querer, haciéndose leer completo, provocando en su lector ganas de hacerlo conocer, de compartirlo con los que quiere, y de que quieran a su autor.

Poemas al margen / Demandas del cuerpo es un libro que justifica con creces su existencia, su lectura y a su autor. Su tono monológico es sereno, habla dirigiéndose al alma del lector, pues se nota que el autor le habla a su propia alma con sinceridad, ajeno a la búsqueda de aplausos o reconocimientos. En cada poema se siente que detrás del texto hay un ser pensante, analítico, con una sensibilidad presta para extraer de la vida la poesía que puede dar. Su lenguaje sencillo es preciso sin dejar de ser poético: “Llegas a mi casa y no estás / (entonces no he llegado). / Mi casa es tu vientre, / tu abrazo, / la palabra simple...”.

Se nota en Roberto Núñez la intensión de decir: “Sé que no soy gran cosa, pero canto, y vivo. Y muy seguramente lo que canto y vivo no es gran cosa, pero canto y vivo, y canto lo que vivo, y vivo lo que canto”. Porque en este libro se le canta a todo: a la prostituta, a la oficinista, a la compañera, a la anciana que ya fue todo, a la muchacha que empieza a ser; al ladrón, a los feos, a las personas de éxito, a los amigos y enemigos, al amor y al odio, a los sueños, al padre, a lo efímero... no por cantarlo todo, sino por hacer constatar que se está vivo entre todo aquello. Repito, Roberto Núñez no canta para que lo aplaudan, ni siquiera para que lo lean, pero sí para justificar su existencia, no ante los demás ni ante Dios, sino ante su alma pequeña y anodina.

No puedo hacer mucho para que todos los que yo quisiera lean este libro, pero ésta es mi constancia de que lo leí y de que quiero que lo lean. ■

Rufino José Cuervo, *un hombre al pie de las letras,* de Enrique Santos Molano



Mario Lamo Jiménez
Poeta y docente universitario

El libro “Rufino José Cuervo, un hombre al pie de las letras” (Instituto Caro y Cuervo, 2006, 398 páginas), de Enrique Santos Molano, es indudablemente la biografía más completa y detallada del notable filólogo bogotano publicada hasta la fecha. En ella, el autor analiza la época histórica en que viviera Cuervo, con todas sus contradicciones y matices, no sólo vistos desde el punto de vista político y económico sino también desde la perspectiva misma del personaje histórico.

Santos Molano empieza por destacar, desde la introducción misma, la importancia de Cuervo:

“Si se tratara de señalar a los diez colombianos más importantes de todos los tiempos, yo incluiría en la lista a Rufino José Cuervo; si la lista se restringiera a los cinco más importantes, también incluiría a Rufino José Cuervo. Quiero decir que Rufino José Cuervo es una figura cimera de la nacionalidad colombiana, cuya importancia científica y literaria se mide con regla universal”.

Santos Molano nos explica en qué consistió la magnitud de la obra de Rufino José Cuervo:

“Rufino José Cuervo le dio al castellano una estructura científica; en otras palabras, trazó la gran autopista del idioma. Y si hoy es común aprender a expresarse correctamente en la lengua de Cervantes, ello se le debe al trabajo de titán que efectuó Rufino José Cuervo en sus libros sobre el castellano, en su voluminosa correspondencia y en sus dos obras axiales: Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano (1867) y Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, letras A, B, C, D y E, que abarcan los tres primeros volúmenes de esa obra portentosa”.

El genio del siglo XIX, que en pleno siglo XXI, no tiene par, logró por su cuenta lo que ni los mismos españoles habían logrado hacer con su propio idioma: darle sentido y hacer del estudio del castellano una ciencia. A cualquiera le podría parecer que la biografía de un hombre dedicado a decodificar un idioma podría ser un tema estéril y difícil de tratar, y sobre ello nos dice Santos Molano: “La aventura de un hombre empeñado en la lucha sin cuartel para domesticar el idioma y ponerlo al servicio de todos rescatándolo del uso restringido de unos cuantos sabios, puede ser, y lo es tan fascinante como la de un guerrero que consagra su vida a obtener la libertad de quienes han vivido bajo algún tipo de opresión”.

La familia

Hijo de Rufino Cuervo Barreto y de doña Francisca Urisarri, Rufino José, nos cuenta Santos Molano, había heredado de padre y madre sus grandes dotes intelectuales. “Cuervo Barreto nació en Tibiritá, Boyacá, el 28 de julio de 1801, se graduó de bachiller en el Colegio de San Bartolomé, de Bogotá, en 1817, y entró a estudiar derecho en el Colegio del Rosario (...) Después de ocupar algunos altos cargos en el Gobierno, el doctor Cuervo dio rienda suelta a una de sus grandes vocaciones, el periodismo y fundó en 1825 *La Miscelánea*, semanario en el que publicó muy bien escritos y mejor meditados artículos idiomáticos, literarios, económicos, científicos y políticos que lo convirtieron en una de las figuras relevantes de la nueva dirigencia colombiana (...) Doña Francisca también era hermana del agudo y temible polemista Eladio Urisarri, autor de las *Cartas de los cincuenta* (1837), tremenda requisitoria contra el general Santander”.

Santos Molano nos narra cómo el padre de Cuervo compró una casa en el barrio La Catedral, ya que dicha casa había pertenecido a los abuelos de su esposa, y ella deseaba que sus hijos nacieran allí. En 1830 compra la hacienda “Boyero” en la sabana de Bogotá, en lo que hoy es Madrid, un municipio de Cundinamarca, para que sus hijos tengan “un lugar de esparcimiento sano y un contacto eficaz con la naturaleza”. Además de la finca había comprado varios esclavos, lo que explica su oposición manifiesta a la emancipación de los mismos. Rufino José Cuervo habría de nacer el 19 de septiembre de 1844, siendo el séptimo y último hijo de la familia “y el quinto de los sobrevivientes”.

El mundo que le esperaba era el de una familia adinerada y culta, el padre; a pesar de apoyar la ideología esclavista, era un intelectual de principios firmes quien veía en el librecambio una amenaza que arruinaría la industria nacional. Siendo vicepresidente (1847-1851), se disputaría la presidencia de Colombia en 1849, cuando, según narra Santos Molano: “los artesanos se disponían a pasar a cuchillo a los dos candidatos rivales del general López, los doctores Cuervo y Joaquín José Gori, y a todos los senadores

que votaran en contra del general López”. Para suerte del padre de Cuervo, el general López fue elegido presidente, y así salvó su pellejo para poder disfrutar de la hacienda “Boyero”, como lo tenía pensado, en compañía de sus hijos. Sin embargo, habría de ejercer la presidencia en dos ocasiones, por ausencia del titular “general Tomás Cipriano de Mosquera, una por cuatro meses y otra por dos”.

El fruto de una educación amorosa

En el capítulo III de la biografía, llamado *El fruto de “una educación amorosa”*, Santos Molano nos cuenta detalles íntimos de la vida que vivió Rufino José Cuervo, antes de que emigrara a Europa con su hermano, Ángel, donde recibiría los más altos reconocimientos de parte de los personajes de la época. Es así que nos enteramos hasta de cómo era la casa de los Cuervo Urisarri (“con un brevo o *higuera* que daba muy buenos higos”) y cómo era la atmósfera que el padre de Rufino imponía en el hogar, según contaban sus hijos: La que impuso en su casa el doctor Cuervo era de “estudio y aplicación”, elevada a grado tal, que “los criados en sus horas de descanso aprendían a leer, o a escribir y contar, siendo nosotros –los hijos del doctor Cuervo– los maestros”. Las vacaciones las pasaban en la hacienda “Boyero” donde “Rufino José y sus hermanos, aparte de las diversiones infantiles, emprendían trabajos de campo rudos con entusiasmo parejo al que ponían para armar los pesebres o devorar las colaciones que preparaba doña Francisca”.

La vida en la hacienda es citada de los propios recuerdos de Rufino José, y allí se dedican también en las vacaciones a la lectura de la biblioteca que de la hacienda misma. Podemos apreciar, entonces, que la educación de los Cuervo, gracias al ambiente creado por la familia, es un tipo de educación innovadora para la época, que tan sólo podríamos equiparar con los métodos educativos que desarrollara el filósofo austriaco Rudolf Steiner a finales del siglo XIX y ahora muy en boga en pleno siglo XXI a nivel mundial en las escuelas Waldorf.

Sin embargo, la muerte del padre dejaría también su huella en Rufino: “Recuerda Rufino

José que la muerte de su padre interrumpió la *educación amorosa* que de él recibían. En estas dos palabras se sintetiza el carácter del célebre humanista y filólogo. Rufino José Cuervo, como niño, como adulto y como hombre, fue el fruto de una educación amorosa”.

La amistad

A la muerte de su padre, seguirían las batallas ideológicas y hasta armadas entre liberales y conservadores, de las que el padre de Rufino José Cuervo jamás quiso ser parte. La época histórica sigue siendo el batallar entre los librecambistas y los proteccionistas, pasando por la expulsión de los jesuitas y las manifestaciones de los artesanos por la defensa de sus derechos. Además del marco histórico, Santos Molano se adentra en el análisis de los inicios de una amistad que habría de marcar para siempre la vida de Rufino José Cuervo: “Vecina a la casa de los Cuervo Urisarri, en la citada calle de La Esperanza, quedaba la de los Caro Tobar. Ambas familias tenían mucho en común. Sus respectivos jefes, el doctor Rufino Cuervo y don José Eusebio Caro, eran fundadores y dirigentes del partido conservador”. Y es así que se conocen con Miguel Antonio Caro, dada también la casualidad de que sus padres fallecen en el mismo año (1853) y sus respectivas familias acuerdan que estudien en el mismo colegio: El Liceo de la Familia, el cual había sido creado en 1854, nos sigue relatando Santos Molano, por Antonio Basilio Cuervo (hermano de Rufino José) y Antonio José de Sucre, sobrino del Gran Mariscal de Ayacucho, y quien más tarde tomaría los hábitos.

Este colegio sería de capital importancia para la formación intelectual de Rufino José Cuervo y para cimentar su amistad con Caro. El mismo Cuervo relata, citado por Santos Molano, cómo don Antonio José de Sucre lo introduciría en el mundo de la gramática a través de las obras de Juan Vicente González y la de Andrés Bello. Por fuera del colegio, su amistad con Ezequiel Uribechea, un verdadero genio que a los 18 años ya era doctor en filosofía y maestro en artes a los veinte, estimula aún más su intelecto y sus ansias de aprendizaje. Los jesuitas regresan al país en 1858 y a su colegio, San Bartolomé, ingresan Caro y Cuervo para terminar el bachillerato.

Los negocios

Para aquel entonces, sus hermanos mayores no están ganando lo suficiente para sostener a la familia y es así como los otros dos hermanos, Ángel y Rufino, “deciden buscar empleos o actividades que les permitieran completar los recursos que demandaba el sostenimiento de la familia”. Y de todas las amistades que tendría Rufino José Cuervo, la más íntima y duradera sería la que sostendría con su propio hermano, Ángel, quien es también el negociante y se dedica a aprender los tejemanejes del comercio al lado de su hermano, Luis María, y se alista a montar un hato ganadero en los Llanos. Cuando se le atraviesa una guerra de por medio y el negocio se cancela. Ángel se va a la guerra y no se sabe cuándo volverá, o si volverá, y Rufino entra como docente al “colegio de Santiago Pérez que hubo de suspender sus tareas al poco tiempo por causa del conflicto”. Es entonces, nos cuenta Santos Molano, que Rufino con todo el tiempo libre, prácticamente se traslada a la Biblioteca Nacional, donde descubre toda una mina de conocimiento, a la vez que aprende alemán con Ezequiel Uricoechea, “lengua que dominó a la perfección”.

La obra

En 1862, Rufino José Cuervo empieza a trabajar en su grandiosa obra *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, la cual sería publicada diez años más tarde, a pesar de que

era “el primer ejemplar de un libro que había empezado a imprimir en 1867”, ya que el autor lo que hacía de día “de noche los deshacía; pero ahí estaba, impreso y encuadernado y ya no había peligro de que don Rufino José Cuervo llegara con correcciones de última hora”.

Ya desde 1863 se encontraba trabajando en tres obras: “Investiga y recopila los materiales para las *Apuntaciones*, inicia con un discípulo de su hermano Ángel, Venancio G. Manrique, una serie de trabajos filológicos destinados a la preparación de una *Muestra de un diccionario de la lengua castellana* y emprende con su amigo Miguel Antonio Caro la redacción de una *Gramática latina*”.

Con la publicación de sus *Apuntaciones*, Rufino adquiere fama mundial, y es reconocido como un verdadero genio por la intelectualidad europea. Ángel y Rufino recorren toda Europa, por tren, en coche, a pie y finalmente se instalan en París, donde Rufino continúa con su magna obra filológica. Rufino habría de permanecer soltero por el resto de su vida, casado tan sólo con su trabajo y moriría en 1911, a la edad de 67 años, habiendo vivido más que cualquiera de sus familiares. Su legado lingüístico es imperecedero, y es aún hoy en día, obra de consulta obligatoria para los estudiosos del idioma. “Rufino José Cuervo, un hombre al pie de las letras”, es para entender la obra de Cuervo, lo que fueran las “*Apuntaciones críticas*” para entender nuestro idioma: un documento histórico de lectura obligatoria. ■